

Pregunta problema, problema proyecto.

Petrone, Iván.

Cita:

Petrone, Iván (2023). *Pregunta problema, problema proyecto. I Jornada de Investigadorxs en Formación. Centro de Estudios e Investigaciones Laborales CEIL CONICET, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/becarixs.ceil/3>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p4Oz/MzT>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Pregunta problema, problema proyecto

Quienes cuenten con una beca para investigar han pasado por un momento intrincado pero inevitable: la elaboración del proyecto o plan de trabajo. En su momento me resultó difícil por mi inexperiencia en la tarea y en el tema pero luego de un febril oleaje de correcciones y reescrituras logré, con la ayuda de mi directora, desencallar. En el plan de trabajo había delineado la pregunta problema que serviría de guía a mi investigación. Al ser una beca doctoral incluso establecía la metodología a seguir durante cinco años a pesar de que recién comenzaba la maestría. Era el primer gran paso en el camino de realizar una tesis doctoral. Más allá de que me encontraba cursando la maestría (aún lo hago, me queda algún que otro seminario por cursar y entregar el trabajo final), recién cuando terminé de escribir el plan de trabajo fue que se me hizo concreto el posgrado. Hasta entonces cursaba seminarios interesantes que igual me parecían ajenos, luego empecé a atender a la lógica interna de cada seminario aunque siempre subyacía la pregunta implícita por la vinculación con mis interrogantes. Ese año no obtuve la beca interna doctoral y posteriormente modifiqué el plan de trabajo pero siempre sobre la base de lo que había escrito esa primera vez. Durante esos intentos aprobé taller de tesis de la maestría. En ese trabajo final incorporé más bibliografía y el diseño metodológico se alejó del proyecto presentado anteriormente para doctorado. Pasó de una triangulación, con una primera etapa cuantitativa y una posterior cualitativa consistente en entrevistas, a solamente una etnografía para cubrir la tesis del máster. La vorágine de cursar y presentar entregas no combinaba bien con el poco tiempo disponible que me dejaban mis actividades laborales ni con mi desorganización, claro. Las sucesivas presentaciones del taller de tesis iban agregando capas y capas a la idea original. Mi idea sobre qué investigar y cómo hacerlo se complejizaba en el mal sentido. Cada vez más parecía un edificio brutalista diseñado por un mal estudiante de arquitectura voluntarioso pero indisciplinado. Cada seminario, cada lectura me orientaba en una dirección efímera. En esa dinámica avanzaba, luego habría tiempo de reformular cuando no hubiera una entrega inminente.

El segundo momento bisagra fue cuando, tras algunos intentos, CONICET me puntuó por encima de la línea de corte. El proyecto se hizo más tangible que antes porque ganaba en viabilidad. Una idea a concretar, dependiente de avatares económicos y profesionales externos, se tornaba el objetivo principal. Ahora sí tendría más tiempo debido a que mi trabajo era producir una tesis doctoral, con una tesis de maestría como

escenario intermedio. Desde luego que no todos mis problemas académicos se resolvieron de repente. Seguí (y sigo) corriendo tras entregas de seminarios, exprimiendo prórrogas para no recurrar, pero la mejora fue notoria. En estos meses de beca pude leer todo lo que no había leído en años anteriores. Las condiciones materiales impactaron mucho más que decenas de horas de videos de Youtube sobre cómo mejorar la productividad, tips para organizarse mejor y otras cuestiones de ese estilo.

El tercer momento ocurrió la semana pasada. Sucedió en mi trabajo de campo en el valle de Viedma. En los párrafos previos no mencioné qué investigo. No fue un olvido torpe. Durante los episodios descritos tenía formulaciones, algunas incluso bien justificadas, sobre mi pregunta problema, mis objetivos, mi diseño metodológico. Sin embargo no conocía la zona como debía. Había leído tesis y artículos sobre la región, estaba al tanto de la historia del valle y de las características de su población rural. Había articulado bibliografía de corte teórico y estudios realizados en otras áreas con el fin de poder resumir *qué hago* en una sola frase: “investigo prácticas de familias de trabajadores agrícolas del Valle Inferior del río Negro en torno a las políticas de protección social”. Pero no era suficiente. No había visitado el lugar ni hablado directamente con los actores que hacen al territorio.

Recién ahora explico el tema y la región porque es a partir del tercer momento que finalmente mi investigación se vuelve real. Antes el asunto principalmente era leer, aprobar seminarios. Necesité de estar en una zona desconocida para chocarme con la inevitable certeza de que estoy investigando. No reniego de mis avances anteriores ni considero que leer o cumplir la currícula de posgrado no es parte de la labor investigativa. Al contrario, son ejes fundamentales que nos permiten ejercer el trabajo científico. Pero me refiero, en el caso de quienes realizan trabajo de campo en lugares diferentes a donde viven, a que nuestro cuerpo sale de la inercia cotidiana y es confrontado por un territorio que se nos presenta como un enigma. Y (al menos esto me pasó a mí) es un enigma al que no podemos responder del todo porque el código que construimos para descifrarlo, el plan de trabajo, se revela descalibrado. Quizás por falta de lectura de más bibliografía, quizás porque no pude conocer antes la rica complejidad del territorio. Siento que hay distancia entre lo pensado en los proyectos y lo que encontré en el trabajo de campo. Muchos de los interrogantes con los que llegué resultaron imprecisos o irrelevantes. Antes tenía una pregunta problema que no me convencía del todo porque le faltaba algo pero no sabía qué. La visita a Viedma creo

que me dejó sin pregunta problema. No es que hay que borrar todo, más bien considero que hay que reformular, reformular y reformular hasta encontrar eso que falta.

Todavía es muy reciente mi viaje pero noto la tensión con el proyecto escrito. Hasta donde borrar, qué cambiar, qué mantener, en qué focalizar. No estoy en condiciones de saberlo ahora, continúo abrumado por la cantidad de información, por los mil detalles que no podía apreciar desde Buenos Aires. Me resulta central tener una reunión con mis directoras para poder distinguir entre lo relevante y lo superfluo para mi investigación. Su experiencia seguramente pueda orientarme para no perderme entre tanta diversidad. Ellas podrán ayudarme a construir o reconstruir mi pregunta problema después de que al llegar a Viedma se me empezaran a quemar lentamente los papeles. Confío en que será sobre bases más sólidas y adivino que, tal como hacían los guaraníes y otros pueblos, a veces será necesario quemar parte de la selva para recoger tiempo después los frutos de la tierra, para que la recursividad nutra nuestro ejercicio científico.